



**Gabriela Wiener y *Nueve lunas*:
la experimentación corporal como crónica literaria**

Isabel Abellán Chuecos¹

Recibido: 14/12/2016

Aceptado: 04/02/2017

Resumen

Nueve lunas es un libro donde Gabriela Wiener cuenta en forma de crónica literaria sus procesos y experiencias vividas durante la espera y hasta el momento de dar a luz. El embarazo es un tema que no solemos ver en los textos literarios, al menos no de forma real. En este artículo queremos mostrar a través de las líneas de Gabriela Wiener cómo se va dando una transformación que es metamorfosis, cómo se expresa el sujeto y su sexualidad, cómo muestra la experimentación con los procesos corporales que la van cambiando y que no afectan solamente a lo físico, sino también a lo emocional y psicológico. El proceso de cambio se muestra tanto en el cuerpo como en el texto, asistiendo con ella a sus preguntas y planteamientos no resueltos más que por sí misma en el momento preciso de la experimentación.

Palabras clave

Experimentación corporal – texto – cuerpo – sexualidad – literatura – embarazo – Gabriela Wiener.

Abstract

Nueve lunas is a book where Gabriela Wiener tells, in the form of a literary chronicle, her processes and experiences lived during the waiting and until the moment of giving birth. Pregnancy is an issue that we do not usually see in literary texts, at least not in a real way. In this article we want to show, through Gabriela Wiener's lines, how a transformation that is metamorphosis is happening, how the individual expresses and her sexuality, how she shows experimentation with the body processes that change her, affecting not only the physical part but also the emotional and psychological ones. The process of change is displayed both in the body and in the text, attending with her unresolved questions and approaches more than by herself at the precise moment of experimentation.

¹ Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia (España). Máster en Literatura Comparada Europea. Máster Universitario en Formación del Profesorado de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato. Becaria del programa FPU (Formación del Profesorado Universitario) del Ministerio de Educación desde mayo de 2013. Ha realizado estancias de investigación doctoral –como becaria Fórmula Santander– tanto en la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP) como en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), ambas en Argentina, así como en la Universidad de La Habana (Cuba) –como becaria AUIP–. Actualmente se encuentra realizando en España un Doctorado en Literatura. Contacto: isabel.abellan.chuecos@hotmail.com

Keywords

Body experimentation – text – body – sexuality – literature – pregnancy – Gabriela Wiener.

Nueve lunas es un libro poco corriente. En él, Gabriela Wiener cuenta en forma de crónica literaria sus procesos y experiencias vividas durante la espera y hasta el momento de dar a luz. Sexualidad, cambios corporales, sujetos de escritura, autognosis y anagnórisis vertebrarán esta obra en que cuerpo y texto aparecen ligados, modificándose uno a otro.

Expresa Gabriela Wiener en las primeras páginas de dicha obra: “[u]n test de embarazo es siempre una presencia intimidante, sobre todo si eres un flamante desempleado. (...) los dos barrotes rojos se dibujaron velozmente como la palabra fin en cualquier película” (Wiener 2009: 13). En este caso concreto, los dos barrotes rojos suponían el fin de las vidas que Wiener y J estaban llevando. Era el fin después de otros muchos fines (su padre enfermo, una amiga que acababa de suicidarse, ella misma en una operación complicada donde terminaron con sus glándulas supernumerarias, el cierre de la revista en donde trabajaban...). Era el fin después de otros muchos fines. Y también era el inicio. ¿Qué iban a hacer con esas dos barras rojas del Predictor?

“Llevábamos algunos meses jugando con la idea, en un coitus interruptus permanente. La verdadera promesa, antes que amarte y respetarte toda la vida, es «Te juro que no me corro dentro». Y es la primera en incumplirse” (Wiener 2009: 12). Y aunque los treintañeros estuvieran jugando con la idea, danzando con ella como quien juega una partida de ruleta rusa, no esperaban que la bala les disparara justo a ellos. Pero ahí estaba: “Las mujeres jugamos todo el tiempo con el gran poder que nos ha sido conferido: nos divierte la idea de reproducirnos. O de no hacerlo. O de llevar bajo un vestidito lindo un vientre redondo que luego se convertirá en un bebé para abrazar y mimar. Cuando tienes quince la posibilidad es fascinante, te atrae como un pastel de chocolate. Cuando tienes treinta, la posibilidad atrae como un abismo” (Wiener 2009: 13).

Ese abismo al que acababan de enfrentarse. Abismo abisal en el que Gabriela Wiener se sume y por el que empieza a pensar que “la apariencia de un embrión no puede ser otra que la marina” (Wiener 2009: 14). Reflexión por la que inventará, a su vez, su propia figura literaria zoológica para describir esa presencia humana dentro de sí: “«A las cuatro semanas un hijo es como el fantasma de un caballito de mar»”. Un fantasma, una presencia abisal, algo acuoso, impreciso... “el bebé de cuatro semanas no es un ser humano, es cientos de especies al mismo tiempo” (Wiener 2009: 15).

Wiener se va transformando como lo hace el embrión dentro de ella, y ella, la poseedora, es la maga que puede albergar en su interior, al menos en un principio, esas cientos de especies al mismo tiempo. En lo que atañe a esta transformación podríamos pensar en el cuerpo como volumen, y en lo que ello supone. María José Sánchez Montes habla de esta cuestión en relación a lo teatral en *El cuerpo como signo. La transformación de la textualidad en el teatro contemporáneo*. Allí explica que el cuerpo es un volumen, un “elemento plástico” (Sánchez Montes 2004: 55). Estas afirmaciones en este caso vienen asociadas con el teatro y el trabajo del actor, así como con la danza y el caso de Isadora Duncan –al que atenderemos más adelante–, pero podemos extrapolarlas a los pensamientos de la peruana y su transformación en el proceso de

embarazo, su volumen –que va creciendo, aumentando–, su corporalidad, su plasticidad. Y obviamente no solamente a lo que Wiener expresa en su libro, sino también la asociación del cuerpo como volumen en todo proceso gestatorio, en cualquier mamífero.

Respecto de este tema, no podemos olvidar las relaciones que Georges Bataille establece entre los hombres y los animales (sus semejanzas y diferencias) en *El erotismo*, referidas sobre todo a lo sexual. En este caso, no solamente estarían relacionadas con la sexualidad sino también con el proceso de embarazo.

Isadora Duncan, por su parte, “[c]entra su interés (...) en la búsqueda de un movimiento vinculado a la vida –no en vano la danza era para ella la afirmación de la misma– que más allá de la mera actividad física sea capaz de conectar el cuerpo y la mente” (Sánchez Montes 2004: 58). Ann Daly (1995) citada en María José Sánchez Montes (2004) vuelve sobre esta idea del trabajo del cuerpo para la bailarina Isadora Duncan, en el que expresa que el cuerpo “natural” no constituye un cuerpo salvaje, sino que se trata de un cuerpo civilizado, producto de la transformación a través del arte, de la naturaleza en relación con la cultura.

Podríamos pensar, en esta transformación que la naturaleza ejerce en el cuerpo, en esta “civilización” corporal –puesto que el cuerpo no se revela sino que subyace frente a la naturaleza– también en el caso del estado de embarazo y sus distintas fases, atendiendo a esta idea que argumentábamos del cuerpo como volumen, como elemento plástico, regido por la naturaleza y en transformación mediante ella, bien sea en el mundo del arte y la cultura –como en el caso señalado referente a Isadora Duncan– o bien simplemente en la vida cotidiana –como el embarazo relatado por Gabriela Wiener en *Nueve lunas*–.

En la crónica literaria, Wiener se va transformando al mismo tiempo que transforma su texto, y así como se transforma la nueva vida que lleva dentro. Esa vida que aún no es humana, esa vida que es todas las vidas. Así, Wiener dice: “Hace algunas décadas se sostenía que el bebé del hombre atravesaba todas las etapas de la evolución en el vientre de la madre, que tenía agallas de pez y cola de mono. Era verosímil” (Wiener 2009: 15).

El embarazo es un tema que no solemos ver en los textos literarios, al menos no de forma real. Se menciona pero no llega a tratarse como tema, o se habla de él dulcificándolo. A través de las líneas de Gabriela Wiener observamos cómo se va dando una transformación que es metamorfosis, cómo se expresa el sujeto y su sexualidad, cómo muestra la experimentación con los procesos corporales que la van cambiando y que no afectan solamente a lo físico, sino también a lo emocional y psicológico. El proceso de cambio se muestra tanto en el cuerpo como en el texto, asistiendo con ella a sus preguntas y planteamientos no resueltos más que por sí misma en el momento de la experimentación, enfrentándose a esa relación de amor-odio consigo misma y con los demás que supone “la dulce espera”.

Indica Gabriela Wiener en su reflexión cronística que “[l]os libros no te preparan para lo que viene. Los manuales para embarazadas deben haber sido escritos por madres completamente narcotizadas por el amor de sus hijos, sin una pizca de distancia crítica” (Wiener 2009: 15). “(...) no son sólo náuseas, el malestar vital que te embarga al despertar se parece a la sensación de amanecer con resaca y mala conciencia al mismo tiempo, a despertarse después del velorio de un ser querido o a ver la luz al día siguiente

de perder al amor de tu vida” (Wiener 2009: 15), y continúa: “[m]i hermana y yo teníamos un juego: En voz alta solíamos decir: «Vamos a jugar a la mamá y a la hija». Siempre éramos mamás y siempre éramos mamás de hijas. El mundo de la maternidad era un mundo entre mujeres solas” (Wiener 2009: 16).

Y por si fuera poco en esta confusión sobre qué era realmente lo que estaba pasando, si ese “fantasma de caballito de mar” que era de todas las especies posibles estaba creciendo dentro de sí, Gabriela cuenta que “[m]i primera visita obstétrica, en lugar de oficializar la noticia hizo que todo pareciera aún más irreal. (...) estaba obligada a esperar hasta febrero para la primera ecografía, la del primer trimestre. Tendría que vivir así. La única noticia clara sobre este hijo me la habían dado un par de rayas rojas. Iba a pasar las navidades y recibiría el nuevo año sin ver para creer” (Wiener 2009: 19).

Siguiendo con su experimentación corporal, la autora confiesa que “[c]uando llegamos a mis antecedentes, mencioné mis recién suprimidas glándulas supernumerarias y un quiste que me habían sacado hace unos años del ovario derecho. También tres abortos provocados. Me sentí un poco acabada” (Wiener 2009: 20). Aunque son cosas que le habían sucedido en la vida, y por las que había decidido en su momento, Gabriela Wiener no puede evitar sentir algo de lástima por su situación. Tenía que contarle todo y sus decisiones personales quedaban al descubierto. Estaba desnuda frente a la matrona. Estaba contando su intimidad. Era para estar algo asustada, o cohibida, pensativa al menos.

Como indica Mary Douglas en *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, “[l]a suciedad no es agradable, pero no es necesariamente peligrosa” (Douglas 2007: 10). Douglas se refiere con esta aseveración a la suciedad física, bacteriana, pero pensando en el ejemplo mencionado de Gabriela Wiener podríamos pensar también en la suciedad mental. La suciedad es todo aquello que nos empaña, que nos abruma, y que puede no ser beneficioso. Sin embargo, algunos biólogos refieren que es necesaria una parte de bacterias para poder inmunizarnos, es decir, que es necesario un porcentaje mínimo de suciedad para que podamos relacionarnos con el ámbito. Volviendo a la idea de Douglas, quizás demasiada suciedad no sea agradable, y quizás ningún ápice de suciedad lo sea en nuestra mente, aunque bien es cierto que siempre hay algún resquicio interpretable como “sucio” entre los actos de nuestra vida, resquicios que debemos asumir como propios, pues lo son y forman parte de nuestro ser.

“No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador” (Douglas 2007: 20), continúa exponiendo Mary Douglas. Aunque hay que pensar que bien es cierto que el espectador puede ser tanto externo como ser uno mismo. Uno mismo es capaz de ver sus “suciedades” y cuestionarlas, y arrepentirse de ellas o que éstas lo superen, pero no debemos olvidar que todos tenemos algunas partículas de ella y que más que peligrosas son constituyentes de nuestra propia realidad e identidad. Suponen los fallos y los errores que vamos cometiendo, pero sin ellos no seríamos capaces de avanzar. Por tanto, hay que asumirlas y aprender de ellas.

Continuando con el texto de Wiener, ella argumenta que cuando se va a un obstetra hay que recordar demasiados datos. Todos los datos médicos que tienen que ver contigo y con tus parientes cercanos, así como datos que suelen ser más triviales como la FUR, de la que ella misma habla. La FUR, como Gabriela indica, es la “Fecha de la

Última Regla”, y como a muchas mujeres, en el momento en que se lo preguntan, no lo sabe exactamente.

Hay muchas mujeres que tienen una regla irregular, y otras muchas que –aunque no la tienen– no suelen recordar el día exacto en que ésta se decidió a visitarlas por última vez. Es lo que le pasaría a Gabriela Wiener que, casi intimidada por tanta pregunta, tendría que responder a la matrona de tacones rojos casi imposibles que no recordaba el momento de su última regla. Estas cuestiones crean inseguridad, pues parece que deberías saber muchos datos que no conoces. Por si no fuera suficiente, siempre se asocia ese momento con ese otro en el que el gremio ginecológico te introduce un aparato para auscultar tus entrañas (que, como indica Wiener, se parece peligrosamente a un exprimidor de naranjas industrial). Era un momento siempre odiado por ella.

También explica Wiener qué se siente cuando escuchas por primera vez el pulso cardíaco de un feto:

La diferencia de ritmo es vergonzosa. El corazón de un feto late a una velocidad de 120 a 160 latidos por minuto, mientras que el corazón adulto late sólo 76 veces en un minuto. El corazón de un feto es en proporción nueve veces más grande que el de un humano. Desde el decimotercero día late y late sin detenerse hasta el momento de nuestra muerte. El ruido de ese músculo es casi la primera manifestación humana. Alguna vez, nosotros también, fuimos apenas un palpito (Wiener 2009: 21).

Y cuando por fin asumió que realmente iba a tener un bebé, Gabriela Wiener nos cuenta que “[t]enía miedo de convertirme en mi madre pero me daba aún más miedo que una posible heredera mía se convirtiera en una hija como yo. Finalmente, lo que temía era la posibilidad de generar una mala copia residual de mí misma, capaz de odiarme aún más de lo que yo me odiaba” (Wiener 2009: 44-45). Se trata, por tanto, también del tema de la otredad que tantas veces encontramos en la Literatura, del reflejo, del espejo, del verse en y a través de un otro.

En relación con sus miedos, todos los días –antes de que fuera irremediable– “le decía a J que si teníamos alguna duda, la más mínima, todavía estábamos a tiempo de acabar con esto” (Wiener 2009: 24). Y mientras se daba todo este proceso, Gabriela leía. Sylvia Plath y su poesía, Oriana Fallaci con su *Carta a un niño que no llegó a nacer* –pensando en si sería igual de válido añadir “por mi culpa”– y todas las revistas sobre el embarazo que su matrona le diera, como *Mi bebé y yo*, a la que le suscribió sin preguntar. También se preguntaba cómo iba a enseñarle a su futuro hijo aquellas crónicas sexuales que hubiese escrito en otro momento de su vida,² cómo iba a educar a su hijo con esos antecedentes por su parte sin que sus compañeros se rieran de él, sin que fuera objeto de burla. Y sin embargo, “[h]ay momentos en que uno debe tomarse más en serio la vida que la literatura. Pocos pero los hay” (Wiener 2009: 22).

Gabriela Wiener se introduce también en una cuestión que es la de “¿[p]or qué tanta obsesión por ser mamá? En el momento en que escribo esto miles de mujeres están intentando procrear en todos los puntos del planeta. (...) A esta misma hora muchas

² Se refiere a sus crónicas periodísticas sobre esta temática que en el año 2008 serían recogidas en su libro *Sexografías*.

otras mujeres están dejando que esa posibilidad se vaya por el desagüe” (Wiener 2009: 25). Wiener se inmiscuye en esta pregunta y nos deja pensando. ¿Es algo ontológico?, ¿es adquirido?, ¿por qué pensamos en el hecho de ser madres?, ¿existe lo que se ha llamado “instinto maternal”?, ¿es algo meramente fisiológico?, ¿qué supone tomar la decisión de ser o no ser madre en nuestra sociedad? Podrían parecer preguntas banales, pero no lo son en absoluto.

Y a pesar de todo lo dulcificado que ha parecido siempre el estado del embarazo, la dulce espera, los nueve meses que darán lugar a otra vida, a Gabriela Wiener ese “cóctel molotov de hormonas, (...) aquella «fantástica aventura llamada embarazo», «la más ilusionada espera de tu vida», «los nueve meses inolvidables», habían desatado mi lado más dark” (Wiener 2009: 27). Así que con un bebé en su vientre se puso a husmear por páginas de asesinatos, muertes, y todo lo más siniestro que se pudiera pensar.

En este sentido, podemos tener en cuenta las afirmaciones de Julia Kristeva, quien en una entrevista realizada en 1976 sobre “Bataille, la experiencia y la práctica”, proponía que desde la revolución burguesa se estaba poniendo el acento en la fragmentación del cuerpo, la disolución, la muerte y lo macabro. Todo lo macabro como lo consultado por Wiener.

No podemos olvidar, obviamente –y ya en el título de la conferencia de Kristeva se alude a ello–, los postulados de Georges Bataille en *El erotismo*,³ así como su afirmación sobre que toda repugnancia está unida internamente al deseo, que encontramos en el prefacio a *Madame Edwarda. El muerto* (1981).⁴ Del mismo modo, cuenta Gabriela Wiener, durante su embarazo no solamente le interesó lo macabro sino también lo decadente, por lo que se internó en el porno más pésimo de los canales de televisión que nunca nadie veía. Era deprimente y fascinante al mismo tiempo. “Mi pequeño habitante era en ese instante lo más parecido a un tumor. Sus células crecían y se multiplicaban rápidamente, penetrando en mis tejidos y erosionando mis vasos sanguíneos. Era un parásito que vivía a expensas de mí, extrayendo su fuerza y alimento de mi cuerpo. Respiraba de mi oxígeno. Y yo resoplaba” (Wiener 2009: 29).

Señala Gabriela Wiener que a los dos meses de embarazo el bebé está completamente formado, y la descripción que hacen de sus rasgos faciales, de sus extremidades y del sistema digestivo y nervioso es tal que por la tarde le embargaba la piedad y las ganas de abrazar a aquel pobre embrión (Wiener 2009). Sin embargo, “hacia la noche, los pensamientos más oscuros me dominaban. La gran mayoría de los abortos se realiza en ese momento, en el segundo mes, cuando su presencia se detecta con claridad: así es muy fácil que el pececillo caiga en la red” (Wiener 2009: 31). El “fantasma de caballito de mar” se ha convertido ahora en el “pececillo”, esos seres acuáticos con los que se duda aún si mantener con vida o no, esos seres acuáticos que se apoderaban del cuerpo que poseían. Y, además, aunque en este caso sólo estuviera en el pensamiento a veces, estaba la culpa. Tras varios abortos provocados “[n]o puedo evitar

³ Relacionadas con *El erotismo* de Georges Bataille están no solamente las afirmaciones que Gabriela Wiener hace en *Nueve lunas* sino también las crónicas aludidas anteriormente reunidas en *Sexografías*.

⁴ Georges Bataille publicaría en 1941 y 1945 dos ediciones clandestinas de *Madame Edwarda* con el pseudónimo de Pierre Angélique. En 1956 Bataille entrega la obra a su editor para ser publicada en una edición comercial, manteniendo el pseudónimo, escribiendo para esta ocasión un prefacio con su verdadero nombre. Posteriormente, tras la muerte de Bataille, la obra aparecería publicada con el nombre del autor.

sentirme una asesina en serie. Sólo una mujer que ha abortado sabe lo que eso significa” (Wiener 2009: 31).

Señala Mary Douglas en el anteriormente mencionado *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú* que la posición de la criatura por nacer “es ambigua, al igual que su futuro. Pues nadie puede decir qué sexo tendrá o si va a sobrevivir a los azares de la infancia” (Douglas 2007: 114). Sobre esta idea de la ambigüedad hablaba también Gabriela Wiener cuando intentaba describirlo con las distintas metáforas acuáticas, o cuando pensaba que en el individuo por nacer se daban, al inicio, la mezcla y posibilidad de todas las especies. Además, efectivamente, en tanto la cuestión biológica, nos encontramos con ese desconocimiento del sexo, pero no solamente de esa particularidad, sino también el tema de que el feto pueda finalmente o no nacer, no solamente por sus propios avatares sino también por los que puedan venir del exterior, como señala Wiener en relación al tema de decidir si quería o no abortar, y acabar, por tanto, con la vida de esa criatura.

“Con frecuencia se la trata como a algo vulnerable y a la vez peligroso. Los lele consideran a la criatura por nacer y a su madre como si corrieran constantemente peligro, pero también le atribuyen a la criatura por nacer una mala voluntad caprichosa que lo convierte en un peligro para los demás” (Douglas 2007: 114), continúa exponiendo Douglas. Quizás por eso, a veces, acuda el miedo al individuo que lo lleva en su seno. Pero quizás solamente tenga que ver con los propios miedos de la persona, que conllevan la idea de cambiar de estatus y de lo que siempre se ha sido. De la individualidad y la libertad se pasará a ser para un otro, pues ese otro ha nacido de tu propio ser, y de ser alguien sin denominación específica pasarás a ser madre o padre. Es un vínculo que ya nunca se podrá relegar ni evadir. Es algo que cambia la propia concepción del individuo que, irremediamente, cambia su propia realidad, su propia existencia.

Además, Wiener concibe al embrión dentro de su ser como un parásito que se alimentaba de ella y que la dejaba sin aliento. Algo similar sucedía con las tribus africanas de los lele y los nyakyusa. Los primeros de ellos consideran a esta criatura por nacer con una voluntad maligna caprichosa, como se ha señalado, y una mujer lele embarazada debe cuidarse mucho de acercarse a enfermos, pues se cree que si lo hace podrían aumentar los males de la persona afectada por la fiebre o la tos. Por su parte, los nyakyusa piensan que “una mujer embarazada reduce la cantidad de grano si se acerca a ella, porque el feto que tiene dentro es voraz y lo arrebató” (Douglas 2007: 114). Se trata de una concepción similar a la que Gabriela Wiener presenta al considerar a aquel que lleva dentro como un parásito con apetito insaciable que la dejaba sin energía. Sin embargo, encontramos las diferencias si pensamos en que efectivamente el feto debe alimentarse a través de su portadora, la madre, pero no se alimenta de lo que está fuera, como es la concepción de ese arrebatar el grano de las cosechas que tienen los nyakyusa. Además, prosigue explicando Mary Douglas en *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú* en relación a esta tribu que “[l]a mujer [embarazada] no debe hablar a la gente que está segando o trillando sin hacer primero un gesto ritual de buena voluntad para cancelar el peligro. Se habla del feto «de mandíbulas abiertas» que arrebató la comida, y lo explican por la inevitabilidad de la «semilla que está dentro» en su lucha con la «semilla que está fuera»” (Douglas 2007: 114).

Y si tales eran las reflexiones sobre el aborto de Gabriela Wiener, cuando por fin decida que va a tener a ese bebé, se dará el enraizamiento. Seguirá existiendo el miedo: “era miedo, apenas miedo a ser un pálido reflejo” (Wiener 2009: 50); pero al mismo tiempo estará ya la aceptación: “[e]s verdad, había escuchado el sonido de otro corazón al lado del mío, pero para cerrar este círculo vicioso de incredulidad tenía que ver antes aquel rostro, como me estaba viendo yo ahora. Por eso era un día tan importante” (Wiener 2009: 51).

Sin embargo, las dudas y la reflexión en cuanto a su estado seguían existiendo: “Dentro de algunos meses vendrá alguien que me hará madre” (Wiener 2009: 66). Y si en la infancia el juego de la maternidad con su hermana era el juego de mujeres solas, también en la realidad había sido en parte así. Su padre se había ido, y la relación con su madre nunca había sido la mejor: “[c]omo siempre, a sus demostraciones de amor yo le respondía con un sarcasmo cruel de rebelde tardía” (Wiener 2009: 66). Ser madre asustaba, y ella no quería dejar de ser niña, no sabía si quería atañer todas las responsabilidades que tenía dejar de ser niña. Sin un bebé en su vientre podría haber jugado con J a la eterna Peter Pan.

Describirá igualmente los dolores por los que pase, desde la hipersensibilidad en los pechos y las náuseas en un primer momento hasta la ciática y el dolor en el suelo pélvico conforme el embarazo iba avanzando. No faltarán las alucinaciones a mediados del séptimo mes de embarazo ni la descripción del dolor del parto –desde que intentara que fuera un parto natural hasta que finalmente no pudiera serlo–. También el suplicio que supone el tener que posicionarse en todo momento sobre qué va a hacer durante su embarazo y con el bebé, teniendo en cuenta las distintas corrientes que se dan en la sociedad:

¿Qué eliges? ¿Lo llevarás o no al pediatra? ¿Usarás cremas antiestrías o aceites de pera? ¿Te pondrás el gel antigrietas o usarás tu propia leche para aliviar el dolor de tus pezones? ¿Dormirá el bebé en tu cuarto, en tu cama, o tendrá su propia habitación? ¿Lo cogerás en brazos cuando lllore o lo dejarás llorando para que no se malacostumbre? ¿Elegirás un parto con anestesia o sin anestesia? ¿Querrás que te lo pongan en el pecho cuando nazca o dejarás que se lo lleven para lavarlo? ¿Cortará tu marido el cordón umbilical o se dedicará a tomar fotos? ¿Dejarás que te goteen oxitocina para acelerar el parto o querrás un parto de 48 horas? ¿Dejarás que te corten el perineo o protestarás? ¿Le darás alimentos triturados antes de los seis meses o sólo leche? ¿Hombre o mujer? Posiciónate, posiciónate, ¡¡¡posiciónate!!!

(...) La diferencia está entre un embarazo jodido y un embarazo no jodido. Ésa era por el momento mi única hipótesis” (Wiener 2009: 86-87).

La transformación, por tanto, no es sólo física sino también psicológica. “De repente mi historia era la historia de *otro*” (Wiener 2009: 89). Además, se unía el hecho de que en esa nueva historia “[u]na vez más me sorprendía cómo los médicos podían vivir al margen completamente de las personas y sus historias, hablando todo el tiempo sólo de órganos y pedazos de cuerpo, siempre en su propio y complejo idioma, interactuando sólo con sus iguales y haciéndote sentir un convidado de piedra en una escena de tu vida” (Wiener 2009: 89).

Aunque el hecho de que el bebé fuera niña le daba algo de miedo (“Si una jugarreta del destino se tomara la revancha conmigo dándome una niña, debía prepararme para beber de mi propia medicina y para dársela a mi chica en cucharadas colmadas y con sabor a fresa amarga”, Wiener 2009: 50), al mismo tiempo supuso una liberación pues “me había librado del espinoso tema de decidir si circuncidarlo o no. Era un hecho que ni le pondría pendientes. A ver si después del trauma que significa nacer encima lo recibes con un tajo” (Wiener 2009: 91). Y aunque quizás pudiera significar una revancha, en un primer momento fue un alivio. Sin embargo, Gabriela confiesa que desde que supo que estaba encinta siempre lo llamó «bebito». “Se supone que era un trato neutral, pero en realidad escondía mi deseo de que fueras un niño. Temía el escollo psicológico que podía suponer un hijo del mismo sexo. Estupideces que te enseñan en la universidad. Ahora debía, de repente, hacerme a la idea de que eres una bebé” (Wiener 2009: 92).

El nuevo sujeto toma una nueva identidad y se va dando ese afianzamiento telúrico del que hablábamos. De las metáforas acuáticas Gabriela Wiener pasa a decir: “hoy te vi y creo que me saludaste con una mano. Ergo: no eres un bicho. Eres mucho mejor que un bicho” (Wiener 2009: 92)

Algo parecido sucede cuando debes elegir el nombre que tendrá tu bebé. La inquietud psicológica se vertirá en el texto de manera trepidante. “El nombre del bebé. Leo en uno de mis libros: «el nombre es el primer regalo que le hacemos a nuestro hijo y también la primera manera de establecer un vínculo con él»..// Un escollo más en ese viaje sólo de ida que es el embarazo. Un nombre es para toda la vida” (Wiener 2009: 106).

Se pondrá a reflexionar sobre el verdadero sentido de los nombres, el suyo, el de su pareja, leerá libros sobre cómo elegir un nombre, pensará en los nombres que tenía previstos si no hubiera sido una chica, buscará por la web... conquistará todas las opciones posibles antes de pensar definitivamente que “escoger el nombre al niño estaba pasando de ser un pasatiempo divertido a una tortura sofisticada” (Wiener 2009: 108). Finalmente, casi como una revelación que surgía de la nada, aparecería el nombre que a ambos les gustaba para su hija. El nombre contenía muchas reminiscencias que le hacía ser el perfecto para la criatura:

Al final surgió de la nada un nombre que era largo, clásico, fuerte, femenino, bíblico y que además era el nombre del barrio donde había vivido gran parte de mi vida en Lima: Magdalena. Sin embargo, casi al mismo tiempo entró en competencia Lena, el nombre de la protagonista de *Luz de agosto*, una novela de Faulkner que había marcado a J y que trataba de una mujer embarazada llamada Lena que emprende un largo viaje en busca del padre de su bebé. Para más correspondencias, nuestra Lena, si así decidíamos llamarla, nacería en agosto. Pero Magdalena, aunque aludía a la pecadora arrepentida, nos seguía pareciendo casi tan bueno como Lena, por lo tanto decidimos inventarnos una fórmula enredada: se llamaría Magdalena pero en lugar de llamarla cariñosamente Magda, que nos era insoportable, la llamaríamos Lena, luz de agosto. Todo sonaba muy bonito, todo sonaba hasta un tanto poético, todo sonaba a que estábamos metidos hasta el cuello en esto y que no había vuelta atrás (Wiener 2009: 108-109).

Tras esta larga reflexión será cuando encontremos por primera vez en el texto que Gabriela Wiener se refiere ya al bebé como Lena (en la próxima vez que habla de ella) y no con cualquier otra figura. La llama por su nombre (que es el que le pusieron definitivamente, no quedó en una reflexión) y se hace presente en sus miedos como tal. Así, cuando se entere de que tiene un exceso de glucosa y que puede ser perjudicial para el bebé, dirá: “Podría ocurrir que los órganos de Lena no se desarrollaran completamente y hasta había amenaza de parto prematuro” (Wiener 2009: 109).

En el momento del parto, señala Wiener, sólo queda rendirse ante la evidencia: “Todo era cierto. El temor, el dolor, la verdad de uno mismo. Era tiempo de iluminaciones, por eso se llamaría dar a luz” (Wiener 2009: 140). E indica: “[d]icen que la manera en que una mujer asume el dolor del parto es más o menos como asume todas las demás cosas de la vida, incluyendo la muerte. Yo no estaba quedando muy bien parada” (Wiener 2009: 141). En ese momento lo que Wiener hacía era llamar a su madre a gritos, echarla de menos, pensar en lo insensatos que eran J y ella por estar en un país tan lejos de sus madres. Porque como ya hacía de pequeña en sus juegos, pensaba en la maternidad como una cuestión en que las mujeres están solas (aunque J estuviera a su lado) y además, como había comprobado, hay un gran lugar común en el embarazo: “la solidaridad entre madres y futuras madres” (Wiener 2009: 132).

Finalmente, en el momento en que nazca la niña volverán las comparaciones acuáticas. La propia Wiener se da cuenta. Y es que el círculo se cierra, desde el pequeño fantasma de caballito de mar, el pececillo que nadaba en sus entrañas hasta la afirmación telúrica de que el bebé estaba ahí, llegará su nacimiento y su madre dirá de ella que “[s]u piel es la de un ser acuático, parece que en cualquier momento encontraré un alga entre los dedos de sus pies. He vuelto a las metáforas marinas, y qué” (Wiener 2009: 153). El círculo se cierra y sin embargo se abre la línea, una nueva vida aparece entre las de Gabriela y J, justamente a través de Gabriela y J. Ya nada será igual.

Y es que como la propia Gabriela Wiener dice en el subtítulo de su texto, “la dulce espera puede ser un parto”,⁵ y en este caso serán dos: el de su hija, y el de esta crónica textual que habla de ello.

Referencias bibliográficas

- Bataille, G. (1981), *Madame Edwarda. El muerto*. Barcelona: Tusquets.
_____ (2007), *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Daly, A. (1995), *Done into Dance. Isadora Duncan in America*. Bloomington-Indianápolis: Indiana University Press.
- Douglas, M. (2007), *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Buenos Aires: Nueva visión.
- Duncan, I. (1999), “La danza del futuro (1903)”. En José Antonio Sánchez (ed.), *La escena moderna. Manifiestos y textos sobre teatro de la época de las vanguardias*. Madrid: Akal, 73-81.
- Kristeva, J. (1976), “Bataille, la experiencia y la práctica”. En Phillipe Sollers (dir.), *Bataille*. Barcelona: Mandrágora, 239-282.

⁵ Este subtítulo no aparece en todas las ediciones. Se puede observar en la versión impresa en Perú, donde encontramos que tras el título de *Nueve lunas* aparece: *Porque la dulce espera puede ser un parto*.

- Sánchez Montes, M. J. (2004), *El cuerpo como signo. La transformación de la textualidad en el teatro contemporáneo*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Wiener, G. (2009), *Nueve lunas*. Barcelona: Random House Mondadori.
- _____ (2010), *Nueve lunas. Porque la dulce espera puede ser un parto*. Lima: Planeta.
- _____ (2008), *Sexografías*. Barcelona: Melusina.